

# A OCHO DIAS VISTA

## NUESTRO CUENTO

Me consta que unos ediles  
(no sé ni cuántos ni cuáles)  
parece se han molestado  
con las coplas de ADELANTE,  
viniendo así a molestar  
con su molestia a *El Contable*.

Si en este momento fuera  
mi ánimo lastimarles  
les diría lisamente  
sin rodeos, sin ambajes,  
o que no saben leer  
o leyeron mal, si saben.  
A las pruebas me remito,  
señores, vamos por partes:

Un martes por la mañana  
leemos en *El Debate*:

«Sabemos de buena tinta  
que el miércoles por la tarde  
irá don Blás al Senado  
y es casi seguro QUE HABLE  
del arreglo arancelario  
e impuesto de utilidades.

Pues bien, señores ediles,  
decidme ¿quién ese martes  
se atrevería a asegurar  
que el miércoles por la tarde  
don Blás habló en el Senado  
con palabra clara y fácil  
del arreglo arancelario  
e impuesto de utilidades?

Me parece que les oigo  
contestar a todos ¡¡nadie!!  
¿Cómo interpretar entonces  
así el suelto de *El Debate*  
y no interpretar igual  
mis coplas en ADELANTE  
cuando son en el sentido  
y casi en la letra iguales?

¿Dudan de que ésto es verdad?  
pues nada, véase la clase  
y aquí viene el *Copio copias*  
sin ser Melitón Gonzalez.

«Quiera el cielo que no quede  
sin lectores ADELANTE  
huyendo de las nonadas  
de éste *debatido vate*  
aunque sean de interés  
los asuntos de QUE HABLE  
por ejemplo, verbi gracia,  
del arreglo de las calles...»  
etcétera... El argumento  
resulta asáz terminante  
¿que no les convence? Bueno,  
pues existen a millares;  
en números sucesivos  
los explanará

*El Contable*

# LOS SOBERANOS DE PAPEL

Por Pantaleón Pozuelo

Y tres setenta y nueve, y siete ochenta y seis, y cinco....

Mis ojos pasaban revista cansadamente a las apretadas filas de guarismos, correctamente alineados como soldados en formación.

¡Diablos! y qué pesada se me estaba haciendo la velada de aquella noche. Mi honradez de cajero de una importante casa comercial, no me permitía robarle un sólo minuto al trabajo, y, sin embargo, en aquella ocasión me iba a ser difícil contener el sueño que me invadía por momentos.

Yo tengo una gran propensión a hacer todo aquello que me es agradable por el momento, de manera que solté la pluma, apoyé la frente en las manos y echando de mí mollera a toda la morralla numérica, cerré los ojos abandonándome a Morfeo, con el mismo placer que encontraría un hambriento ante un *bif-teak* con patatas.

Ya comenzaba a hundirme más de lo que yo hubiera querido en ese abismo de inconsciencia que llamamos sueño, cuando un pequeño murmullo como de voces argentinas y cascabeleantes me despertó. Instintivamente miré a la caja de los fondos que se ostentaba maciza y segura en un rincón, y ví que aquella masa de bronce impenetrable, no ya a las miradas, pero ni siquiera al más agudo instrumento de acero, se había tornado toda de cristal, pero de un cristal tan límpido que permitía ver con toda perfección lo que ocurría dentro de ella. Esto que hubiera bastado para asombrar a cualquiera, a mí me pareció natural sin saber porqué.

En su interior las cosas habían variado también. En lugar de los paquetes de documentos y papeles que ordinariamente ocupaban el departamento superior, se ostentaban hermosos y diminutos muebles formados por maderas rarísimas incrustadas de piedras preciosas que centelleaban en la penumbra.

Aquel camarín tenía toda la apariencia de un salón de sesiones. En el fondo, una mesa detrás de la cual había hasta cinco asientos que parecía destinada a la presidencia; lo restante de la estancia estaba llena de pupitres que formaban semicírculos atravesados por pasillos que irradiaban de centro.

En los compartimientos inferiores la escena era aún más curiosa; los fajos de billetes se deshicieron; cada uno de ellos se enrolló sobre sí mismo tomando figuras completamente irreales, los cartuchos de monedas de oro, plata y cobre saltaron rotos; deshechos por una fuerza misteriosa, las monedas se irguieron sobre sus cantos, los bustos de sus cuños tomaron vida real, pequeños miembros inverosímiles brotaron de sus cuerpos y hablando con tintineos confusos e inteligibles, corrieron a reunirse con los billetes, formando un ambiguo revoltijo de metales diversos y papel de todas formas y tamaños.

Se internaron todos, por no sé qué misteriosos escondrijos y a poco aparecieron en el piso superior. Cuatro billetes ocuparon la presidencia y los restantes individuos se diseminaron por los pupitres.